

LA FAMILIA DE ZAPATA.

POR mi santiguada,—decía un hombre que tenía toda la traza de soldado viejo y vicioso, á una mujer poco mas ó menos de la misma mala catadura;—que mas fácil fuera volver estos reinos á Guatemuz, que estar en paz con mujer como tú.

—Carguen los demonios contigo y con ese Guatemuz, que tanto me dan á mí sus reinos como tú: buen par de bellacos sereis ambos, cuando te acuerdas de ese mal nacido.

—La mal nacida será ella,—replicó atusándose su bigote gris y espeso el soldado;—que yo, aunque soldado y pobre, noble soy como un infante de Aragón, y el indio no deja de haber sido emperador, y ya quisiera haberle servido esa mala yerba.

—¡Zapata!—dijo la anciana enarbolando una tortera que tenía en la mano;—Zapata, soldado descreído y mal averiguado, si no mirase á que la iglesia nos.....

—A mala parte vas á parar, y de arrepentirte tienes, Mencia, como te atrevas á despacharme ese mueble,—dijo Zapata poniéndose en guardia y levantando uno de los pesados taburetes que en la estancia habia.

Sin duda la mujer debia tener experiencia de lo que sucedia en lances semejantes, y bien conocido el peso de la mano de su marido, porque se calmó repentinamente.

—Mira, Zapata,—dijo tomando la actitud del que se prepara á capitular, pero que aun no deja las armas;— tengamos en paz la fiesta, que la paz es hija de Dios.

—Y eso no serás tú nunca,—replicó Zapata enorgullecido por las ventajas obtenidas en la primera escaramuza;—muchos años llevo de vivir contigo, y no hemos pasado en paz otro tiempo, que el que hemos estado separados muchas leguas.

—Sin duda por eso pretendes ahora volverte á largar á esa malhadada expedicion de las Sibueras ó Libueras, ó sepa el diablo cómo se llama, que en negra hora han inventado hombres como tú, que no tienen amor á su pellejo, ni respeto al santo matrimonio.

—Sí, pues; bonito el matrimonio para contener á un soldado en su casa! que los matrimonios, así como tú te los piensas, de golilla son, y no de hombres que tienen espada ó cargan el arcabuz; de ir tengo á las Hibueras, como vine á las Indias; que tú bien sabes que si no fuera por eso, ahora estaríamos en el lugar, destripando terrones, y no serías tú ni propietaria ni cosa semejante.

—Y ahora que podíamos vivir en paz, te largas.

—Por eso, para vivir en paz me voy, y me fuera aunque tuviera que caminar por el filo de un cuchillo, y pasar el puente de Mantilbe.

—Pues vete, vete, y mala vívora te pique en esas tierras, y comido te veas de los indios, que mi hija y yo quedamos aquí en manos de Dios que no consentirá que nos suceda una desgracia por el abandono de un tornadizo.

Cuando Zapata se oyó llamar tornadizo perdió completamente su aplomo, y se levantó rojo de ira, con los ojos chispeantes, y apretando convulsivamente los puños; la vieja Mencia conoció que la cosa iba de veras, y se levantó pálida con intención de huir, pero ya Zapata le había afianzado uno de los brazos con una mano que parecía de acero.

Mal la hubiera pasado Mencia, si en este momento no hubieran resonado en la estancia tres golpes aplicados con fuerza á la puerta de la calle.

—¡Voy,— gritó Mencia,— comprendiendo que el que llamaba era su salvador, cualquiera que fuese.

Zapata se calmó repentinamente, y procuró dar á su fisonomía el aspecto de calma y de tranquilidad que tenía de ordinario, porque aquellos golpes indicaban que el que había llamado era alguna persona de importancia.

Mencia, que se había acercado á la puerta, preguntó desde adentro y sin abrir:

—¿Quién va?

—Soy yo; abre, Mencia: ¿no está ahí el viejo?

—Sí, señor,—contestó la vieja abriendo, y agregó por lo bajo contestando á una señal de Zapata;— es el señor factor.

Zapata se atusó el bigote tomando un aire de importancia, y Gonzalo de Salazar penetró en el aposento.

—Dios mande aquí buenas noches,—dijo Salazar.

—Para servir á vuesa merced, señor factor,—contestó Zapata poniéndose en pié,—que tanto bueno por nuestra dichosa trae.

—Supongo,—dijo Salazar,—que también el bravo Zapata será de esa partida.

—¿De cuál partida habla vuesa merced, señor factor?

—De la de las Hibueras.

—Y vaya si voy; que de tristeza moriría si en casa me quedara, cuando otros, que tanto como yo son, andan á mandobles y tajos con los indios, conociendo tierras y conquistando reinos para su majestad.

—Holgárame de tener tanto gusto en el viaje,—dijo Salazar;—que bien á mi pesar voy en la expedición.

—¿También marcha vuesa merced?

—También, y por eso he venido á veros, que deseo, pues que Mencia se queda en esta ciudad, dejarle algunos encargos secretos, por si á morir llego.

—Dios nos libre de tal desgracia,— exclamó hipócritamente la vieja;—mande vuesa merced lo que guste á esta su servidora, que dispuesta estoy á obedecerle; pero no piense en que se ha de morir.

—Siempre es mejor estar preparado,—dijo Salazar.

—Por lo tanto,—interrumpió el soldado,—vóyme por esos mundos de Dios á dar una vuelta, mientras que vuesa merced habla con esta mi mujer y le fia sus secretos; que en ello sabe lo que hace vuesa merced, aunque dice el refrán que no cabe secreto en pecho mujeril.

Y antes que Mencia contestase como debía, Zapata se hundió hasta los ojos su gorra, y echándose en el hombro una capa gris, salió marcialmente á la calle.

—Siéntate,—dijo Salazar.

La vieja se sentó, clavando curiosamente la mirada en el factor, que se preparaba como para decirle una cosa muy interesante.

—Mencia,—dijo el factor despues de un momento de silencio,—¿conoces tú á esa india que se ha casado con Martin Dorantes, el paje de Cortés?

—Sí que la conozco, aunque amistad ninguna llevo con ella.

—Bien lo comprendo, por la diferencia que hay de edad entre ella y tú: ¿cuántos años cuenta Juanilla tu hija?

—Diez y ocho que van á diez y nueve,—contestó Mencia sin comprender adónde se dirigian aquellas preguntas.

—Pues se necesita que tu hija Juanilla haga estrecha amistad con D^a Isabel de Paz.

—¿Con Isabel? fácil será, porque tienen ya conocimiento; pero á la verdad no alcanzo.....

—Se trata de prestar á su majestad un gran servicio, que sin duda sabrá premiar con la grandeza que acostumbra. Escúchame con atencion.

—Toda yo soy oidos.

—Lo que voy á decirte es cosa de mucha reserva y de muy loado cumplimiento, porque en ello se interesa el real servicio.

—¡Ave María!

—No te asombres, y escucha. Sabes ya que pronto vamos á partir; pero esperando en Dios, yo daré inmediatamente la vuelta: aquí en esta misma ciudad se trama una gran conspiracion para levantarse con el reino, y quitársele á su majestad, que es el legítimo dueño.

—¡Nuestra Señora de Cavadonga nos ampare!

—Ni á tu mismo confesor digas lo que voy á referirte: el que tal pretende, es precisamente el hombre que mas favores debe al rey nuestro señor.

—¡Ingrato! ¡Ingrato! ¿Y quién es él?

—Guarda el secreto; es Hernan Cortés.

—¡Jesus!—exclamó la vieja espantada.

—Silencio, y ayúdame á destruir sus maquinaciones: Cortés para todo esto está de acuerdo con los indios, y ellos serán sus mas principales aliados.

—¿Pero por qué no da parte vuesa merced al emperador?

—Ya, ya..... pero necesito tener mas pruebas, y sobre todo, impedir que hagan un tumulto: Martin Dorantes es el confidente de Hernan Cortés, y este se entiende con los indios, por medio de D^a Marina y de la D^a Isabel.

—¡Ah!

—Pero como la Marina se va con Cortés, seguramente aquí D^a Isabel queda encargada de todo; á ella es á quien se necesita vigilar: hé aquí pues, por qué quiero que Juanilla estreche con ella las amistades, hasta tal grado, que no pierda de vista ni el menor de sus movimientos, y que yo cuando vuelva lo sepa todo.

—¡Muy bien! razon tiene vuesa merced, y la muchacha cumplirá, que aunque inocente, es de mucho pensar; descuide vuesa merced..... ¡Ah! ¡qué hombres! ¡qué hombres!

—Sobre todo, secreto, y no tengo mas que advertirte.

—Pierda cuidado por eso vuesa merced,—contestó la vieja.

Salazar se embozó en su capa, calóse el sombrero y salió como habia salido Zapata, sin mas despedida.

Pocos dias despues de esta conversacion, partia de México Hernan Cortés en busca del rebelde Cristóbal de Olid, llevando consigo á Gonzalo de Salazar y á Peralminde

de Chirino, y en clase de prisioneros á Guatimotzin, último emperador de México, al rey de Texcoco, al de Tlacopan, al de Azcapotzalco y á un hermano del rey de Michoacán.

Dorantes, como inseparable de Cortés, era también de la partida.

El gobierno de México quedó á cargo del Lic. Zuazo, de Alonso de Estrada y de Rodrigo de Albornoz.

La casa y bienes del conquistador se encargaron desde ese día á su pariente Rodrigo de Paz.

Con estos antecedentes, basta de prólogo y entremos á tomar el hilo de nuestra historia.

LIBRO PRIMERO

LA TÓRTOLA, EL BUITRE Y EL ÁGUILA.

1

En donde el lector conocerá á Juanilla, y la encontrará desempeñando el papel de apasionada.

DESPUES de la conquista de México, Hernan Cortés, que meditaba cimentar sólidamente el dominio del rey de España en el país recientemente conquistado, procuró reunir en su palacio á las jóvenes hijas de los principales caciques y señores, con el objeto de educarlas y casarlas despues con los gefes españoles.

Casi todas aquellas jóvenes recibieron el bautismo, aprendieron el idioma de los españoles, y mientras no se casaban permanecian en el palacio de Cortés.

Así estaban las cosas cuando se llevó á efecto la expedicion de las Hibueras; y Rodrigo de Paz, encargado de todos los bienes del conquistador, continuó en sus mismas prácticas y costumbres, sin que en el palacio se notase variacion alguna.

33822